

## BRILLANTE Y PERTURBADOR

EL PAÍS 15/10/2013

Avance literario

### **Brillante y perturbador Murakami**

UNA NUEVA NOVELA DEL ESCRITOR JAPONÉS

#### I

Esteban casi había olvidado el nombre de ese escritor japonés que tan intensamente había leído durante aquel año. La noticia con su nombre se lo trajo a la memoria y recordó el efecto tan abrumador que le produjo su lectura, aunque quizás no fuera abrumador el calificativo que debería emplear sino más bien el que figura en el propio titular aparecido en el periódico: perturbador. No podía olvidar ese doble juego con el que el escritor parecía hacer un guiño a sus lectores a través del título: 1Q84. En japonés la letra Q y el número 9 se pronuncian de igual manera: *kyú*. De esta forma 1Q84 puede convertirse en 1984 siendo las dos cosas a la vez. Como era lo descrito en la novela, dos realidades aparentemente iguales, pero radicalmente distintas y simultáneas. Igual que había sido toda su historia con Rosa, la vivida con ella y la que quizás era solamente parte de sus sueños y deseos. Y no es que hubiera sido una doble vida, sino que lo que sintió, lo que pensó, lo que vivió o quizás lo que había sido la sucesión entrecortada, en días, semanas y meses de cosas soñadas, tenía la apariencia de una doble realidad.

Las apreturas económicas hicieron que aceptara lo que creía que iba a ser solamente un trabajo muy temporal para convertirse en un contrato de conserje en esa enorme torre de apartamentos. Eso le permitía dedicar tiempo, con una cierta tranquilidad económica, a lo que pretendía que fuera su profesión, a pesar de no tener nada que ver con su licenciatura en matemáticas. Leer, leer para procurar sacar de la lectura las herramientas necesarias para convertirse en algún momento en un escritor. Por eso, desde el principio, el libro de ese japonés le cautivó. Uno de los dos personajes fundamentales, Tengo, era precisamente un profesor de matemáticas obsesionado con la escritura de una novela que iba a cambiar el concepto de la literatura.

Se saludaban apenas con un gesto por las mañanas, sin que las miradas siquiera se cruzaran. Vestía de gris, pasaba inadvertida, delgada, sin maquillaje casi, quizás algún pañuelo de un color vivo, una bolsa de deportes, no se fijaba mucho, o más bien no se fijaba nada, era una más de los ciento y pico de vecinos de esos minúsculos apartamentos. Esteban veía pasar a los habitantes de la colmena intercambiando un breve saludo, un pequeño comentario sobre el tiempo o sobre el partido del día anterior o cruzando en un silencio intencionado el vestíbulo general.

#### II

Un día, Esteban miró a Rosa de otra manera, no sabía el porqué, no había ninguna razón, pero aquella nueva manera de mirar encendió en su interior un mecanismo que ya no iba a parar. Todo lo que pasó luego lo borró, lo borró totalmente,

simplemente no existió y llegó a convencerse de que no había existido. Y ahora el nombre del japonés, allí puesto en letra de molde sobre el papel, se convirtió en el catalizador que hizo desencadenar todos los recuerdos y que le dejó estremecido. Leyó «Brillante y perturbador Murakami». Y la palabra «brillante» se convirtió en el brillo del sol de poniente desde el piso 38 de la torre llenando sus ojos completamente hasta el deslumbramiento aquel día. Y la palabra «perturbador» descompuso su interior como si detrás de la misma palabra estuviera la turbación que sentía hasta hacer que gotas de sudor llenaran sus manos y su frente.

Que extraña circunstancia había hecho que Rosa fuera profesora de gimnasia, como Aomame, el personaje femenino de la novela de Murakami. Eso lo supo más tarde cuando el breve saludo matinal se había convertido, poco a poco, en una pequeña charla para descubrir, ambos, que estaban leyendo la misma novela. Esteban no llegaba a recordar muy bien cual fue el día que subió, después de terminar su horario laboral, al apartamento de Rosa para arreglarle el grifo de la cocina. Le había dejado la llave en una muestra de confianza que a Esteban le desconcertó un poco, a pesar de que tenía también la llave de los apartamentos de otros muchos vecinos. Cuando estaba tumbado debajo del fregadero oyó como se abría la puerta, ¿o creyó oírlo? ¿Fue entonces cuando tuvo con Rosa esa larga conversación sobre los personajes de Murakami?, ¿o es que esa conversación nunca existió y vivía solamente en sus largos sueños? ¿Acaso ella no se había dado cuenta que él estaba en la cocina? Creyéndose sola, antes de cerrar la puerta del baño, ella se agachó para recoger algo y por un instante Esteban vio su cuerpo desnudo, lo vio o quizás, simplemente, quiso verlo. Salió, silencioso, sin hacer ruido. Desde aquella visión instantánea Rosa se convirtió para Esteban en una obsesión. Las palabras de Rosa, ahora amables y atentas, se prolongaban en sus sueños. Esas leves complicidades que él creía ver en esta o aquella frase se convertían en palabras provocadoras. No hacía falta que el sueño se apoderara de su mente para vivir lo que él quería vivir.

Aquella tarde, Rosa, después de una animada charla hablando sobre los personajes de Murakami en el portal de la torre, le invitó a su casa, sube y hablamos, le dijo, para que él le explicara el sentido de aquella doble realidad superpuesta que Murakami describía, porque a ella le atormentaba, y eso lo pensaba Esteban, no entender lo que pasaba en el libro. De las palabras escritas por el japonés pasaron a otras más personales, hablaron de las olvidadas matemáticas de Esteban y de su intención de escribir una novela y de los viajes que habían hecho, a Cuba él y a Camboya ella, pasaron a los recuerdos de la infancia y de éstos a los amores de cada uno, olvidados en la lejanía del tiempo algunos, en la añoranza dulce otros. El caso es que una pasión volcánica se apoderó de él y fue creciendo en su interior con una fuerza inexplicable. Quizás fue esa tarde, quizás aquella otra, días después, cuando Rosa le habló a Esteban de aquel amante, al que no había dejado de querer pero que tuvo que dejar después de que él intentara suicidarse. Me quería con una desesperación que no pude resistir, intentaba dominarme, dejé de ser yo misma, su amor era posesivo, contaba Rosa. Y Esteban emocionado por aquellas confidencias las llevaba consigo para vivir de sus sueños y no saber ya qué cosas eran las que le contaba Rosa y

cuales de ellas había convertido en soñadas. Fue un día de otoño, lo vivió como una realidad diferente, era como lo vivido por Tengo, el profesor de matemáticas del libro de Murakami en su mundo de dos lunas. Fue aquella tarde en la que sol inundaba todo de luz, en la que todo era blanco excepto el cuerpo de Rosa que él llenó de caricias infinitas amándola mucho más allá de la humedad de los sexos.

Leía atropelladamente la doble historia contada por Murakami esperando que, quizás al final, sus personajes pudieran salir del mundo de 1Q84 para encontrarse en el mundo real de 1984. Era lo que él quería que le pasara con Rosa. Necesitaba que los deseos de sus sueños y la realidad fueran la misma cosa. No podía quitársela de la cabeza. Rosa se había apoderado de su corazón, la química del deseo le inundaba y estaba convencido de que ese intenso amor por ella, que se había despertado en su interior y que lo dominaba totalmente, llegaría a un buen final, como Aomame y Tengo, que eran el uno para el otro porque el destino impuesto por Murakami los iba a unir. Y así Esteban vivía pensando en Rosa, soñando a Rosa, viviendo o imaginando cada mañana, cada atardecer con Rosa. Con una niebla difusa en su mente, recordó el día en el que ella le dijo que su antiguo amante quería volver a su lado, que la llamaba insistentemente. Dos semanas después, con la vista nublada por los celos, los vio subir juntos al apartamento. Era él, seguro que es él, pensó Esteban. Luego, una hora más tarde, ella salía rápidamente a la calle, sin saludar, deprisa, con el rostro crispado.

### III

La novela de Murakami había terminado, ella, Aomame había logrado salir del mundo de las dos lunas, el de 1Q84, en apariencia exactamente igual que el mundo real, el de 1984 ¿eran acaso los mismos? Y Tengo, el profesor de matemáticas también había descubierto la escalera que le llevaba al mundo real. ¿Cuál de ellos era el mundo real? Se encontraron, finalmente se encontraron, ya no había dos lunas. Todo se mezcló en la cabeza de Esteban. Rosa estaba en el resplandor brillante de aquella tarde y luego nada, luego, la nada.

Esteban dejó caer de sus manos el periódico con la noticia de la nueva novela de Haruki Murakami. Esa laguna, que su cerebro había aislado completamente como una capsula independiente de su pasado, compacta e infranqueable, dejó escapar sus aguas turbias que se extendieron contaminándolo todo. Y todo volvió de repente. Las sirenas sonaron con una viveza irresistible, los vecinos se agolpaban horrorizados en el portal, la policía intentaba poner un cierto orden ante el desastre, luces azules, blancas y rojas, destellando, alguien cubrió el cuerpo con una manta verde, chalecos amarillos iban y venían. Ella llegó en aquel momento, sus gritos, incontenibles; la sujetan, se arroja al suelo, le abraza, llora con desesperación y después: nada, el vacío.

Alguien vino a llevárselo todo del apartamento de Rosa, alguien le dijo que ella estaba desesperada, llena de una tristeza infinita, sintiendo la culpabilidad de la tragedia. Sí, habían discutido un rato antes, su antiguo amante le dijo que no podría vivir sin ella, la amenazó con suicidarse, ella no le creyó, se fue, según confirmó el

conserje, precipitadamente, dejándolo allí solo, en el apartamento, y luego, pasó lo que pasó, no se lo perdonaría nunca.

Esteban no volvió a verla y la borró, lo borró todo, absolutamente todo desapareció de su mente. Y ahora volvía aquella intensa luz de la tarde el día en el que Rosa había salido como enloquecida de su apartamento. En el piso 38 abrió la puerta con la llave que ella le había dejado. Él, el otro, estaba allí, junto al balcón abierto, su voz diciéndole que Rosa era suya, que la dejara. La voz del otro extrañado, sorprendido, pero... ¿Quién eres tú? ¡Vete!, ¡no te metas! Y luego las manos, empujándole, el resplandor blanco del balcón, el brillo del sol de poniente, el vacío, la nada.

*Javier Aguilera Rojas*

*Octubre 2013*